



LA SEMANA
DE ROMÁN
REVUELTAS

México en la lista negra

Una cosa es que no prime aquí un auténtico Estado de derecho —que la justicia sea administrada de manera calamitosa y que los ciudadanos no disfruten de una plena seguridad jurídica— y otra muy diferente es la incapacidad total de un Estado para asumir sus tareas

El debate sobre el “Estado fallido” es absolutamente desproporcionado. De entrada, ni siquiera comenzó aquí. Los yanquis, en una de esas extrañas interpretaciones de la realidad que acostumbran —mezcla de estereotipos facilones, prejuicios incurables y consustancial paranoia— estimaron que México y Pakistán eran dos países a punto de descarrilar. Y eso, a pesar de las abismales distancias que guarda un territorio regentado hasta hace poco por un militar autoritario —escenario, encima, de bombazos infernales, atrocidades al por mayor, luchas fratricidas, enfrentamientos religiosos, fanatismo islamista y otros males gravísimos— con una nación, la nuestra, cuyo camino hacia la modernidad comenzó hace ya buen tiempo al promulgarse las Leyes de Reforma en el siglo XIX y que,

hoy día, cosecha los beneficios de su sistema democrático y de un desarrollo económico incomparablemente superior al de la tierra asiática (tienen opiniones muy extravagantes, nuestros vecinos del norte: anteayer, mirando Fox News, me sorprendió escuchar la alarmada advertencia, lanzada por los comentaristas de mi canal conservador favorito, de que Estados Unidos (de América) “no es Suecia” —es decir, USA no tiene por qué instaurar una red de protección social para sus ciudadanos como la del país escandinavo— como si, justamente, el hecho de ser una sociedad bondadosa e igualitaria significara una especie de traición a los principios esenciales de los norteamericanos. No les pasó por la cabeza que sus indicadores de pobreza, inequidad, inseguridad, criminalidad y esperanza de vida están muy por debajo no sólo de los de Suecia sino, mira tú, de la

gran mayoría de las democracias occidentales; por lo que parece, en su visión centrista y ensimismada de los cosas, los yanquis se han

Pero, la realidad de que porciones enteras del territorio nacional estén controladas por el narco nos coloca, a la vez, en una lista de países en riesgo de devenir en Estados fallidos



Continúa en siguiente hoja

olvidado de que el bienestar de la gente, así sea que corra por cuenta del Estado, es importante).

En fin, el asunto es que en cuanto los expertos en geopolítica de la Administración norteamericana hicieron públicas sus inquietudes de que el aparato gubernamental mexicano se pudiera derrumbar, se desató aquí una fiera —e interesada, ya que los actores políticos vieron la ocasión de cosechar sus respectivos dividendos— discusión. Un forcejeo que sigue, ahora mismo, entre los oficialistas defensores del “sistema” y los otros, los que no desaprovechan oportunidad alguna para avisar de la hecatombe que nos espera.

Resulta, sin embargo, que al igual que ocurre con el abusivo manejo de cierto vocablos —“represión”, “genocidio”, “holocausto”, etcétera— el propio concepto de “Estado fallido”, de por sí bastante polémico, ha sido distorsionado. Una cosa es que no prime aquí un auténtico Estado de derecho —que la justicia sea administrada de manera calamitosa y que los ciudadanos no disfruten de una plena seguridad jurídica— y otra muy diferente es la incapacidad total de un Estado para asumir sus tareas. Congo y Somalia son territorios que exhiben, en toda su dimensión, el desamparo del ciudadano. Allí, no hay salarios para los empleados públicos, no hay orden ni seguridad en las calles, no hay policía sino bandas armadas que se imponen a los aterrorizados vecinos de los barrios, no hay servicios públicos, no hay instituciones y no hay ley. No creo que hayamos llegado aquí a esos extremos por más que ocurran a diario bárbaras ejecuciones y asesinatos. Estamos, en ese sentido, mucho más cerca del Chicago de los años 20 que del Yemen de nuestros días.

Pero, la realidad de que porciones enteras del territorio nacional estén controladas por el *narco* nos coloca, a la vez, en una lista de países en riesgo de devenir en Estados fallidos. La definición misma, hay que repetirlo, está sujeta a discusión y, en algunos casos, basta con que

un Gobierno central carezca, como el nuestro, de un control efectivo sobre la totalidad del territorio para que la debilidad del Estado parezca demasiado visible. En este caso, nos encontraríamos con la misma realidad de siempre: la de un país fundamentalmente dividido y que funciona a velocidades diferentes. Eso siempre lo hemos sabido pero no nos habían todavía amenazado con otorgarle un calificativo tan radical. ■M



Barry McCaffrey advirtió sobre el riesgo de un *narco*-Estado